

TANTA TELEVISIÓN me hizo creer que era posible encontrar un cadáver y no saberlo hasta darlo vuelta y encontrar el agujero de la bala o la herida de la cuchillada. Supongo que de alguna manera resultó cierto: Hayden yacía bajo la frazada, enredado en sus patéticas sábanas de *Star Wars* (¿cuántos años teníamos?), como siempre que yo dormía en su casa.

Siempre había sido dormilón; a veces casi tenía que tirarlo al suelo para que se levantara. Lo que no era fácil, porque si bien él es bajo, también era bastante corpulento, en cambio yo soy alto y flaco como una chaucha; y dormido como estaba me resultaba difícil moverlo. Al entrar en la habitación y verlo así acostado suspiré: no solo iba a tener que pedirle disculpas por la noche anterior sino también por tirarlo de la cama.

Mi suspiro resonó en la habitación con tanta fuerza que me tomó un rato darme cuenta por qué: Hayden no estaba roncando, y él siempre roncaba. Mi mamá, que es enfermera,

pensaba que tenía apnea de sueño; cada vez que se quedaba en casa el ruido de sus ronquidos atravesaba la sala y llegaba hasta su dormitorio. Intentaba convencerlo de hablar con su madre para conseguir algún tipo de ayuda, pero yo sabía que eso nunca iba a pasar. Hayden no hablaba con su madre a menos que fuera absolutamente necesario, y menos aún con su padre.

El silencio de la habitación empezaba a ponerme nervioso. Intenté convencerme de que no era nada, que Hayden finalmente había encontrado una buena posición para dormir que acallaba su ronquido constante o algo parecido, pero eso hubiera sido alguna clase de milagro menor y después de cinco años de escuela hebrea ya no creía en ningún tipo de milagro.

Le di un pequeño empujón en la pierna.

—Hayden, vamos.

No se movió.

—Hayden, en serio. Tienes que despertarte.

Nada. Ni siquiera un gruñido.

Estaba a punto de ponerme un casco de Stormtrooper y quitarle las sábanas cuando vi la botella de vodka vacía sobre su escritorio, entre su laptop y la réplica del Halcón Milenario, justo al lado de su cama.

Era raro: Hayden nunca bebía, ni siquiera en las pocas fiestas a las que habíamos ido. Por lo que recordaba, ayer a la noche ni siquiera había tenido tiempo de tomar un sorbo de cerveza. No había ninguna razón para que esa botella estuviera ahí. A menos que él estuviera peor de lo que creía; fácilmente

podría haberla tomado del estante de licores de su padre cuando regresó a su casa.

Sentí crujir mi estómago con lo que identifiqué como culpa. Esa debía ser la razón por la que no se levantaba: tenía resaca. Incluso con culpa, no pude evitar reírme. La primera resaca de Hayden. Iba a volverlo loco cuando se despertara. Luego lo arrastraría a un desayuno bien grasiento y haríamos las paces. Todo estaría bien.

Ahora solo tenía que despertarse.

Me acerqué al cabezal de la cama, olisqueando en busca de vómito. El aire olía como siempre en esa casa: perfume a pino desinfectado. Su madre seguramente debía tener empleadas de limpieza todos los días para mantenerla así. Me pregunté si era mejor darlo vuelta o quitarle la almohada, pero al elegir lo segundo empujé con el codo la botella de vodka vacía, que se vino abajo estrepitosamente con un par de cosas más.

Me agaché a juntarla. No quería que Hayden se enojara por mi torpeza; ya teníamos suficiente con lo que teníamos que hablar. Junté la botella y vi un frasco de medicamentos. Lo agarré. Era un frasco de Valium con el nombre de su madre en la etiqueta. Estaba vacío.

No sabía cuántas pastillas se suponía que hubiera en el frasco, pero tenía una fecha muy reciente. ¿Eso significaba que la madre de Hayden lo había vaciado prácticamente de un día para el otro?

Miré la botella de vodka.

¿O había sido Hayden el que lo había vaciado?

Entonces vi algo más en el suelo. Un pendrive junto a un pedazo de papel. *Para Sam*, decía. *Escucha y entenderás.*

Ahí fue cuando llamé a Emergencias.